LA TARÁNTULA.

ACADEMIA GRANADINA

DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION.

as ciencias no son ya un misterio que solo algunos pocos lograban penetrar, y esto por tan extraños y peregrinos rodeos que el progresar en ellas era cosa de milagro. Un generoso espíritu reune á los hombres para comunicarse mutuamente los conocimientos y para mostrar el mejor sendero á los que no saben: la verdad y claridad es la guia; el fin el verdadero progreso, la perfeccion y la felicidad del género humano. Animado de tan filantrópicos sentimientos el ilustre Colegio de Abogados de esta Audiencia, de acuerdo con el Liceo artístico y literario, realizó en el local de este establecimiento el domingo 10 del que corre, la instalacion solemne de una Academia de jurisprudencia y legislacion. Pensamiento de semejante naturaleza ha sido acogido con el entusiasmo que era de adivinar del estado en que se encuentra España esta clase de estudios prácticos: y el numerosísimo y escogido concurso que animaba el recinto, era una prueba del anhelo con que se esperaba la instalacion de la Academia. Despues de haber hecho la salva varias piezas de música de exquisito gusto, y de las formalidades de costumbre abrió el sabio presidente y distinguido patriota D. Ramon Crooke el acto con el siguiente discurso que no podemos menos de estampar.

Señores: si en todos los paises del mundo civilizado es de suma importancia el estudio de la jurisprudencia, cuya lata definicion todos conocemos, el interes supercrece y la necesidad se aumenta en una nacion que, sin códigos bien ordenados y precisos, con voluminosas compilaciones formadas inmetódicamente en épocas bien distantes entre sí, acumuladas disposiciones legislativas incoherentes y aun contradictorias, tiene por legislacion un laberinto en que apenas se puede penetrar sin el auxilio de la historia.

La sociedad humana, á semejanza del universo, no puede existir sin reglas ó leyes que la gobiernen. De la ciencia de lo justo y de lo injusto, se derivan los deberes y los derechos, que apoyados esencialmente en los preceptos de la naturaleza, se modifican sin oposicion por los principios de la conveniencia social segun las circunstancias, necesidades y épocas de cada pais. Del verdadero conoci-

© Biblioteca Nacional de España

miento y exacta aplicacion de estas nociones depende la mayor perfeccion y bondad de las leyes positivas, cuya esfera es inmensa, ya en cuanto fija las relaciones de los diferentes pueblos entre sí, ó establece la forma de gobierno en cada estado, ó determina los intereses individuales asegurando las propiedades y las personas.

Mientras la nacion española fué regida por un monarca absoluto, toda la educacion jurídica se reducia al estudio fugaz é incompleto de una legislacion extranjera y muerta, que si bien sus principios podian ilustrar como base de la indígena, sus disposiciones secundarias no podian entre nosotros tener aplicacion alguna práctica; porque los agentes del soberano exclusivo, procuraban con empeño borrar de la memoria las antiguas instituciones de la monarquía; y para la formacion de las leyes, solo se consultaba la voluntad del señor de vasallos. Pero hoy, reconquistada por medio de torrentes de sangre la libertad civil y política que cimentaron nuestros padres, cuando la Europa entera yacia en la esclavitud; reconocido y radicado un gobierno representativo sobre la base de la ley fundamental jurada; concurriendo á la confeccion de las leyes orgánicas, generales ó especiales, los representantes del pueblo; y pudiendo ser elevado todo español á la alta dignidad de legislador, ministro de la corona, ó magistrado supremo; el estudio teórico y práctico de la jurisprudencia y de la ciencia legislativa en todos sus ramos, es de interes vital y de una importancia inmensa.

Comprendiólo así el ilustre Colegio de Abogados, que tengo el distinguido honor de presidir; y al través de dificultades y obstáculos, que su celo y su decision han vencido por la generosa y laudable cooperacion del científico establecimiento á que nos hemos asociado; tiene en este dia la grata satisfaccion y señalada gloria de instalar una Academia, que podrá con el tiempo robustecer la fama de la cultura granadina, y cuyos frutos contribuyan á elevar al pueblo español al mayor grado de civilizacion y grandeza.

Pero á tan halagüeño término no será dado llegar sin la asidua aplicacion, esmerado estudio, y constante asistencia de Profesores y Académicos. La voluntad mas pronunciada, la emulacion mas excitante; y la conviccion mas íntima de la utilidad y ventajas de esta escuela jurídica, son indispensables para su organizacion, su desarrollo y fecundidad. De otro modo, su nacimiento y su existencia estéril solo ofrecerian un sentimiento de abyeccion y desconsuelo.

Contribuyamos, pues, con nuestra laboriosidad y nuestra constancia á la realizacion de un pensamiento grandioso y sublime. Hagamos brotar copiosos raudales de felicidad social, en este recinto consagrado á la literatura y á las ciencias: y así lograremos que nuestros contemporáneos y la posteridad nos colmen de sus honrosas bendiciones. = HE DICHO.»

El Liceo, por medio de uno de los individuos de la mesa, manifestó al señor presidente lo grato que era para toda la asociacion el ver realizados, pensamientos que habian sido siempre el blanco de sus

© Biblioteca Nacional de España

deseos y esperanzas. Rompió de nuevo la banda de música militar y en seguida el digno secretario de la Academia, Sr. D. Melchor Ignacio Diaz, leyó la dedicatoria, que dirigia á la misma, de una obra de Ideologia que tiene publicada. Y para que las musas no estuviesen ociosas en tales circunstancias, el Sr. D. Miguel Gonzalez Aurioles con el entusiasmo de sus cortos años leyó la valiente y muy bien escrita poesía que nos complacemos en poner de molde por contera de estas líneas. ¡Loor y prez eterna á los que se desvelan por los adelantos y por el bien positivo de sus semejantes!

Á LOS SEÑORES PROFESORES

DE LA ACADEMIA DE LEGISLACION EN SU APERTURA.

Un tiempo fué para la triste España
de luto y sangre y de venganza y muerte,
en que osadas legiones
dieran al viento la terrible enseña
de «vencer ó morir es nuestra suerte»
y el acento de Patria y de Isabela
se extiende por la vasta monarquía
y presuroso vuela
á la feraz Granada,
encantado verjel de Andalucía.
Mil valientes se lanzan denodados
á los remotos campos de Navarra,
do retumba con hórrido estampido
el cañon destructor y los aceros
del español temido,
vencedor de Milan y de Lepanto,
hieren el corazon de los guerreros
españoles tambien, dando á la historia
página eterna de dolor y espanto
El vacilante trono de Castilla,
do la augusta heredera de cien reyes,
cual querubin radiante se asentara,
intenta en vano terminar la lucha
que, horrible y fratricida,
fatal desolacion le presagiara;
en tanto que perdida
la dulce paz de nuestro fértil suelo,
el labrador honrado
y el artista y el útil comerciante,
sangre aquel en los surcos envolvia,

© Biblioteca Nacional de España

lanzas aquel para matar forjaba
y aqueste su tesoro
para la patria en su clamor cedia.
Mas ya un abrazo de inmortal ventura
con grata paz al español convida
y un porvenir de gloria le asegura.
El nombre de la *ciencia* soberano,
destello del Excelso-Omnipotente,
se repite do quier y las ciudades,
que á las feroces huestes del tirano
osadas combatieron,
abren el templo de la eterna fama,
do vates y pintores
ora pulsan su cítara armoniosa,
ora pintan con mágicos colores.
Granada entonces presurosa erige
tambien su templo, donde mil laureles
juventud estudiosa conquistara,
ya robando á natura su belleza,
ya á las aves su dúlcido concento,
ya ensalzando la gracia y gentileza
del númen que inspirara
el jóven y ardoroso pensamiento.
Mas la ciencia que rige las naciones,
á cuya luz brillante
tiemblan, vacilan y su frente humillan
los bélicos pendones,
esa ciencia señora del destino
de pueblos mil que, por su luz guiados,
son en la tierra grandes, poderosos
y de cien y cien pueblos respetados,-
bajo el azul del granadino cielo
de un templo carecia,
que al hombre convocara
y por la luz sublime de la ciencia,
inflamada su ardiente fantasía,
lograse un tiempo su potente labio
mostrar con elocuencia,
era su voz la inspiracion del sabio:
así tal vez el águila orgullosa,
que alza su vuelo audaz al firmamento,
para lucir sus galas,
al desplegar sus alas
ha menester la proteccion del viento.
Pero vosotros con ferviente celo
ese templo erigis, patentizando
á la nacion Ibera
los hijos ser de nuestro hermoso suelo;

© Biblioteca Nacional de España

vosotros que do quiera defendiendo
las venerandas leyes,
que refrenan al hombre en su alvedrío,
demostrais la verdad y la justicia
con fuerte poderío,
á los sabios ministros de los reyes.
En alas vuestros nombres de la fama
serán llevados por el ancho mundo
y en los remotos siglos venideros,
ódicha tanta Iliberia recordando,
la admirarán sus hijos altaneros
tan grande gloria al porvenir dejando.
Y vosotros tambien los que anhelando
os halleis tal mision sobre la tierra,
venid, llegad, do alcanzareis laureles,
que ni la envidia, ni el rigor destierra;
mientra eclipsan su brillo los blasones,
que hoy ociosos varones
os muestran merecidos
por un tiempo valientes campeones.
Que es tambien grande y noble y poderoso
el que siguiendo del saber la senda,
se contempla orgulloso
con alto nombre, á su afanar ofrenda;
el que arribando á la lejana cumbre
del genio obtiene la inmortal corona,
que siempre brilla con radiante lumbre.

EL MINERO.

Subia, en la mañana del 28 de marzo de este año, la escarpadísima cuesta del collado de la Rosa, á tres leguas de la ciudad de Motril, con objeto de visitar varias de las numerosas minas que hay abiertas en sus costados. Iba montado en un poderoso asno, única caballería que puede transitar por aquellas estrechas sendas, y á cada momento temia que colocando mal un pié sobre las lajas resbaladizas del camino, me arrojase en un abismo de incalculable profundidad, á donde caian rodando con un ruido espantoso las peñas que se desprendian al apoyarse en ellas mi pacífica cabalgadura. Y sin embargo, aquella ascension peligrosa por entre angostos desfiladeros, no dejaba de ofrecer encantos; pues el inmenso panorama que

© Biblioteca Nacional de España

se ofrecia á mi vista, cambiaba completamente á cada circunvolucion que describia el camino. Veíase el Mediterráneo que extendiéndose desde el cabo de Gata hasta perderse entre las brumas que ocultaban á Gibraltar, arrastraba perezosamente sus azules olas coronadas de una cresta de argentada espuma, hácia las plazas de Almería, Motril y Málaga; mas acá se descubria la ciudad de Motril sentada sobre su riquísima vega, célebre por sus algodones, rivales de los de las Carolinas y Georgias, y por sus dulcísimas cañas; á la derecha se alzaba Salobreña encaramada en un árido peñasco; detras Lóbres, y, dominando aquel cuadro, la sierra Almijara célebre en la guerra de la independencia por haberse abrigado entre sus breñas y sus cuevas la multitud de guerrilleros, que, á manera de bandadas de buitres, caian sobre los débiles destacamentos de franceses que pasaban por sus inmediaciones.

A la izquierda se elevaban las fértiles colinas de Jolúcar y Guálchos donde se cria un vino delicado, y pasas que en nada envidian á las de Corinto. Oíase á lo lejos el sonido de las esquilas, y veíanse saltar por entre los abulagares numerosos rebaños de cabras que parecian flores blancas meciéndose sobre aquel fondo verde oscuro.

Al dar otra vuelta el camino, variaba de un todo el punto de vista. Veíase á los piés, extendiéndose y perdiéndose entre la niebla que forma la luz del sol sobre los objetos distantes, á Lanjaron rodeado de naranjos y limoneros, con sus célebres aguas termales que hacen deliciosa su mansion en los altos meses del estío; á Órgiva á la derecha, donde se crian los olivos mas grandes del mundo, donde se enseña con orgullo uno con diez varas de circunferencia, y donde brota una fuente de tierra que lanza una columna de amarillento polvo que, al caer, parece de oro al reflejo del sol; mas allá los cien lugares, teatro en otro tiempo de la rebelion de los moriscos y del efímero reinado de los reyezuelos moros Aben-Humeya y Aben-Aboo, cuyo trono cayó á tierra al sacudirlos con el pomo de su espada el vencedor de Lepanto, el glorioso hijo del invencible emperador Cárlos. Volviase la vista á la izquierda y se descubria en primer término el valle de Lecrin con sus mil pueblos, y sus millones de olivos; mas allá el suspiro del Moro; mas allá el cerro del Sol, y, recostada sobre tres colinas mirando con indolencia tenderse á sus piés su vega de catorce leguas, á la bella Granada, de la que solo podia distinguirse un confuso monton de torres y de agujas de iglesia. Sobre todo este lado y dominando el paisaje, veíase en fin á la gigantesca Sierra-nevada, semejante á un inmenso diamante de mil facetas, centelleando con la luz del sol.

© Biblioteca Nacional de España

—Cuidado con caer, me dijo el mozo que me acompañaba viéndome vacilar sobre mi caballería al dar esta una de las repentinas vueltas de que estaba lleno el collado.

—Hermoso paisaje exclamé; he aquí un punto de vista admirable y muy poco conocido.

—Así es, señor, me contestó; solo los trabajadores de las minas transitan por aquí, y estos harto tienen de que cuidar para entretenerse como V. en mirar cosas que ninguna impresion les hacen. Y, sin embargo, doble será las que estas hagan en V. al salir del centro de la tierra, porque entonces el sol le parecerá mas hermoso, el cielo mas azul, respirará con ansia un aire puro, y creerá en fin que vuelve á vivir.

Al oir expresarse en estos términos á mi guia, fijé la vista en él, y creí descubrir en su fisonomía y en sus ojos, que hablaba con tanto entusiasmo de las bellezas de la naturaleza como un hombre á quien algun notable acontecimiento se las habia enseñado á apreciar. ¿Cual podria ser este? He aquí lo que me propuse averiguar.

—Ha sido V. minero? le pregunté.

—Desde que nací: apenas tuve ocho años cuando agarré un pico y trabajé en las minas de la sierra de Gádor.

—Penosa ocupacion, exclamé; ademas de estar viviendo debajo de la tierra, se está expuesto á mil peligros, á una explosion, á un hundimiento, á un desplome....

—Tiene V. razon, me interrumpió; si V. supiera lo que se sufre, si V. pudiera calcular las horas de agonía que se pasan cuando sucede algunas de esas desgracias, es seguro que no entraria V. dentro de ninguna mina.

—He oido decir que en la que vamos á visitar se quedaron trasconejados (1) el otro dia tres trabajadores.

—A estos se les libertó con facilidad; estas sierras son de laja y tierra muy dócil, y cuando sucede la desgracia de quedar uno encerrado en un caño, porque un desplome repentino impide la salida, acuden dos hombres, y con una hora de trabajo le libertan; pero en Gádor donde las minas van abiertas sobre la roca, en Gádor donde hay pozos á doscientas varas, de los que salen numerosos caños, cuando hay un desplome no hay mas que resignarse á morir.

—A morir!

---

(1) Con este término se designa á los que se quedan dentro de un caño cuya abertura ha cegado un desplome.

© Biblioteca Nacional de España

—Si señor, á morir. Yo mismo me he visto en ese caso, y me resigné.

Cada vez que examinaba á mi guia descubria en él una variacion en su movible fisonomía, en la que se pintaba exactamente el afecto que le dominaba; habia ademas excitado mi curiosidad con aquella indicacion y deseaba verla satisfecha.

—Hace mucho tiempo de ese suceso? le pregunté.

—Hará pronto seis años por la Vírgen del Rosario.

—Y como se libertó V?

—Por un milagro sin duda de la Vírgen. Habia entrado á trabajar aquella mañana á las nueve en un caño de ciento treinta varas de profundidad, y apenas haria una hora que estaba picando en un ancho filon de alcohol, cuando sonó el ruido de un barreno. Al hacer la explosion, sentí desplomarse sobre mí la bóveda, y me quedé encajonado entre dos piedras como entre unas tenazas, y cubierto enteramente de tierra; creí morir en el acto, pero no; solamente estaba preso, y podria salir de allí si acudian pronto á mi socorro. Tuve la suerte que en el hundimiento no rodase mi candila, cuya luz veia brillar por entre los huecos de las peñas. Aquella luz era mi esperanza, mientras la viese lucir no perdia la de salvarme; pero un desaliento profundo se apoderaba de mí cuando reflexionaba que se apagaria pronto. Entre tanto algunos trabajadores de los caños inmediatos oyeron el ruido del desplome, y acudieron en mi socorro: «un hombre trasconejado; gritaron» y este grito repetido de caño en caño, de galería en galería, y de pozo en pozo, llegó hasta la boca de la mina, y de allí á las inmediatas, reuniéndose á aquel grito de alarma mas de trescientos hombres para libertarme. A poco oí llegar hácia mí un confuso murmullo de voces que distinguia conforme se iban acercando: entre ellas conocí la de mi hermano que volaba con el pico alzado delante de todos.

—No temas, hermano mio, exclamó, aquí estamos todos para libertarte.

Aquella voz querida resonó dentro del corazon, y anchas oleadas de ardiente sangre volvieron á calentar mi dormido é insensible cuerpo, del que se retiraba la vida conforme iba perdiendo la esperanza.

—No temas, volvió á repetir, clavando con frenética rabia su pico en los escombros que tapaban el caño.

—Valor, Francisco, gritaron todos; y entre aquellas voces oí la de mi primo Miguel, la de mi cuñado Pepe, la de mi camarada Antonio, las de todos mis amigos.

—Picos, espuertas, y fórmese una gabia de carne, exclamó

© Biblioteca Nacional de España

mi hermano al sentir caer á sus piés un inmenso monton de tierra; y al punto se colocaron doscientos hombres á lo largo de los caños y galerías, y pasándose de mano en mano las espuertas llenas de escombros, las colocaba el último debajo del pozo, de donde la sacaba la cabria que trabajaba sin cesar.

—Dios mio ¿qué es esto? volvió á decir mi hermano (á quien oia perfectamente, porque estaria distante de él una vara á lo mas) ¿qué significa esto?

Aquella exclamacion me heló la sangre, porque adivinaba lo que queria decir. El hundimiento continuaba, y á cada espuerta de tierra que arrancaban delante de mí, caian ciento de las bóvedas. Un silencio profundo sucedió al tumulto primero, y solo oia el ruido de los picos que trabajaban con furor, y el choque de los azadones cargando las espuertas.

Entonces se me apareció la figura de mi María y de mi Frasquito, de mi mujer y de mi niño; y yo, señor, yo que soy un hombre que nunca he temido la muerte, lloré.... aquellas lágrimas eran amarguísimas! Pobres criaturas; cuan ajenas estarian de la desgracia que me sucedia: ella que me esperaria con impaciencia á la boca de la mina con nuestro hijo en brazos como hacia todos los dias, y sin saber que su marido iba á morir! Y de qué muerte! sano, robusto y lleno de vida, estaba condenado á morir emparedado, lentamente, de hambre, rodeado de mi familia y de mis amigos impotentes todos para salvarme. En aquella agonía volví la cabeza y ví arder la candila, y su luz reanimó mi esperanza. La luz es una parte de Dios, es hija de Dios, Dios la hizo; por eso anima, por eso consuela, por eso da valor y esperanza.

En tanto continuaba el ruido de picos y azadones cada vez mas distante, pues continuaba el desplome, dominándolo la voz de mi hermano que lloraba de rabia porque todos sus esfuerzos lograban mas bien que libertarme, hacer mas difícil la salida.

Clavé la vista en la luz, y quedé como insensible cuando la ví vacilar, ensanchar su lumbre, y reducirla en seguida anunciando que, falta de aceite, iba á extinguirse en breve. Oh! hubiera dado la mitad de mi sangre para alimentar su llama, pero oí una voz que me hizo olvidar la luz, y las tinieblas, y la situacion en que me hallaba. Era la de mi mujer que, habiendo sabido mi desgracia, se habia metido en el cesto con su niño, y habia bajado de pozo en pozo, y marchado de caño en caño, guiada por el instinto, hasta donde estaba yo encerrado.

—Donde está mi Francisco, gritó como frenética; mi Francisco donde está?

—Aparta, María, exclamó mi hermano con melancólica voz,

© Biblioteca Nacional de España

vete, que ya le salvarémos.

El tono con que pronunció estas palabras, indicaba la poca esperanza que tenia en sus pronósticos.

—María, exclamé, ¿eres tú?

—Francisco de mi vida, aquí vengo á salvarte ó á morir contigo; y arrancando un pico de manos de un trabajador, empezó á picar sin hacer caso de los montones de tierra que caian sobre ella, y que la iban á sofocar.

—Madre! exclamó una vocecita argentina y pura, tengo miedo, donde está mi padre?

—Calla, hijo mio, voy á traértelo.

—María, retírate, la dije, Dios y su bendita madre no querrán dejarte á tí viuda, á mi hijo huérfano y á los dos sin amparo.

—Sí, vete, María, exclamó mi hermano; Dios y la Vírgen querrán libertarlo, y si es su soberana voluntad que de aquí no salga, tu serás mi hermana, y tu niño mi hijo.

—Que me vaya! no, de aquí no salgo sino con él, muerto ó vivo.

—«De rodillas, de rodillas» gritaron algunos de los que estaban en el extremo del caño, y á poco oí sonar la campanilla que guiaba al sacerdote que, con el viático venia á rezar las oraciones de los difuntos sobre el cuerpo vivo que pronto seria un cadáver.

—Que se lleven á esa desgraciada, dijo al acercarse el venerable sacerdote, y al punto se apoderaron de ella dos robustos mineros y otro de mi hijo, y á pesar de los frenéticos esfuerzos de María, se la llevaron, no sin lanzar hondos gemidos y agudos gritos que iban perdiéndose entre las vueltas de las galerías. ¡Otra esperanza perdida!

—Crees en Dios todopoderoso? Francisco, me preguntó con voz trémula el clérigo.

—Sí creo!

—Te arrepientes de tus pecados?

—Me arrepiento.

—Pues yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo.

—Amen, dijeron todos.

Y un profundo silencio sucedió al tumulto primero.

Oí luego un confuso murmullo. Eran las oraciones del sacerdote, y las de los mineros que rogaban á Dios por su infortunado compañero.

En esto la luz que habia estado vacilante, se apagó. Entonces ya me olvidé de todo, de mi mujer, de mi hijo; no pensaba mas

© Biblioteca Nacional de España

que en mí. La vida, la vida, grité, no me abandoneis, salvadme! Y todas las facultades de mi alma estaban embotadas, solo tenia el instinto de la conservacion.

—Cinco hombres al caño paralelo de la derecha, cinco al de la izquierda gritó mi hermano, á romper, á taladrar y veamos si podemos penetrar hasta Francisco; y á pocos momentos oí á bastante distancia el choque de los picos sobre los costados de mi caño.

Una sola idea me ocurrió: bien podia llegarse hasta mi por aquel nuevo camino, pero tardarian muchísimo tiempo, y antes habria yo muerto de hambre; esta idea desterró de mi alma la mas ligera vislumbre de esperanza, y me resigné á morir. Ignoro cuanto tiempo permanecí en aquella especie de letargo; pero salí de él al sentir un estremecimiento en mi cuerpo, y al sentir rodar á mi costado una piedra grandísima. Volví la cara y por un agujero ví la luz. ¡La luz! Me creí salvado, y con el ansia de vivir quise pasar la cabeza por aquel boquete.

—Retirate, gritó mi hermano, que al descargar el pico vió mis cabellos, retirate Francisco.

Pero yo no respondia, hacia frenéticos esfuerzos para salir por aquella estrecha abertura, y no sentia las contusiones, ni las heridas que me hacia. Pero mi hermano logró desprender otra piedra de un costado, y se ensanchó el agujero; agarrándome entonces del pelo con sus férreas manos, tiró hácia sí y logró sacarme la cabeza, á otro empuje saqué medio cuerpo, al tercero ya estaba fuera; abrazándome y besándome en los ojos y en la frente de donde brotaba un rio de sangre, cayó desmayado junto á mí. Tomáronnos en brazos nuestros amigos, y nos sacaron al pozo principal, donde colocándonos en el cesto, nos subieron á la boca de la mina.

Eran las cuatro de la mañana del dia siguiente.

Francisco se habia parado, anchas gotas de sudor brotaban de su cicatrizada frente, y todo su cuerpo estaba agitado de un estremecimiento nervioso.

Guardamos ambos un profundo silencio, hasta que, repuesto él de su agitacion, me dijo.—No vamos adelante? Ya está cerca la mina que va V. á visitar.

—Francisco, le dije, y ha vuelto V. á trabajar en las minas?

—Sí señor.

—Y no teme V. que vuelva á sucederle lo que me acaba de contar.

© Biblioteca Nacional de España

—Siempre sucederá lo que Dios haya dispuesto sobre mí. Si está escrito allá arriba que he de morir aplastado por un peñon, en valde será no entrar en ninguna mina. En la calle, en la iglesia, puede desprenderse y matarme.

Aquella resignacion, aquel *si está escrito* al través del cual entrevia yo un resto de las creencias de los árabes, antiguos señores del pais, me admiró. Apeéme entonces de mi caballería, y apreté en silencio con mis débiles manos, las tostadas, ásperas y grieteadas de mi guia.

—Es V. un filósofo cristiano! le dije.

—No se que quiere V. decirme con eso, me replicó; si eso significa que cumplo con mi obligacion, que procuro no hacer daño á nadie, y si servirá todo el mundo, tal vez lo sea. Pero en todo eso no creo hacer nada de extraño.

Continuamos nuestro camino y llegamos á la mina; al verle precederme con una candila en una mano, y un pico en la otra, le dije, Francisco ¿no siente V. nada al entrar debajo de tierra?

—Señor, me contestó, aquí moriré regularmente, porque todos mueren como han nacido: V. naceria en cama blanda, y en una cama morirá. El marinero nace en la cala de un buque, y muere en el buque; yo nací dentro de una mina, y debo morir dentro de una de ellas. Vamos adelante sin temor; y deslizándose por entre los tortuosos caños de la mina, me la enseñó toda y me hizo los honores de ella; como hubiera podido hacérmelos de un suntuoso palacio, la mujer de un opulento señor.

Un recuerdo.

¿Qué fué de los bellos dias
De alegrías,
De placer y de ilusion?
¿Do están mis sueños dorados
Tan amados,
Y mi grata inspiracion?
¿Porqué así se destruyeron
Y perdieron,
Despues de tanto afanar?-
Porque todas las mujeres,
Tristes seres!
Nacemos para llorar....

© Biblioteca Nacional de España

¡Yo creia en la ventura!
Impostura!
Nadie en el mundo la halló.
El que feliz se contaba
No pensaba
Que un imposible soñó.
Solo una edad venturosa,
Muy dichosa,
Puede el hombre recordar:
La edad en que tierno niño
Con cariño,
Llega á su madre á besar.
Y, entre caricias y abrazos,
Dulces lazos
Que á el alma le dan placer,-
Fugaces pasan los años,
Sin engaños,
Sin penar, ni aborrecer;
Sin saber lo que son celos,
Ni desvelos,
Ni ese angustioso sufrir.
Ni esas noches tenebrosas
Y horrorosas,
En que anhelamos morir.
En que la mente quemando,
Delirando,
No sabe ya en que pensar:
Y recuerda la memoria,
Dicha y gloria
Que cual sueño vió pasar.
Si una lágrima se vierte
Por la suerte
Que siempre miró enojosa...
A nuestra madre besamos
Y olvidamos
Nuestra fortuna azarosa.
Al sentir tu pecho amante
Palpitante,
Sueño en la felicidad.
Y prolongarla quisiera,
Si pudiera;
Porque allí, no hay falsedad.
Aleja del pensamiento,
El tormento

© Biblioteca Nacional de España

De un recuerdo de dolor.....
Ven, cara madre, á mis brazos,
Y estos lazos
Perpetúen nuestro amor.

Josefa Moreno y Martos.

LA AMAPOLA.

ROMANCE.

Flor que despreciada y triste
Vives en el verde prado,
Meciendo las leves hojas
Sobre tu flexible tallo:
Flor que desdeña el jardin
Y eres gala de los campos,
Con tu silvestre belleza,
Que sin adornos livianos
Por puros, quizás, el hombre
Menosprecia tus encantos.
Ya escondida entre las nieves,
Cual perla en ancho oceano,
Aumentas con el misterio
Tu atractivo siempre mágico:
Y ya apareciendo hermosa,
Como en noche oscura un astro,
Te saluda tiernamente
Algun amante olvidado;
Que tú lejana del mundo,
Como él del amor lejano,
Disminuyes sus congojas
A las tuyas comparando.
Flor de negros tornasoles
Sobre tu purpúreo manto,
Imágen de vida y muerte
Eres con matices varios;
Y recuerdas que en la vida,
Como en la mar fluctuando,
Está el escollo de penas

© Biblioteca Nacional de España

Junto al puerto de descanso.
Flor, con tus hojas sutiles
Y con tu vivir precario,
Semejas una existencia
Que va rápida pasando,
De pasiones carcomida
Sin que la opriman los años.
Tú mueres apenas naces
A impulso de ajena mano:
Te deshoja el aguacero,
Rompe el huracan airado
Tus renuevos, y el pié troncha
De algun segador tus tallos.
Ya en los haces de las trojes,
Ya entre yerbas el muchacho
Te confunde, y despareces
Solamente por acaso;
Como una bella esperanza
Que en sueños acariciamos,
Y disminuye una duda
O destruye un desengaño.
Flor vilmente despreciada,
Yo por mi amiga te aclamo,
Pues los hombres el dolor
Sobre mi frente sellaron.
Compadecerás mis penas
En tu abandono, pensando
Que solo buenos amigos
Saben ser los desgraciados.
Te abrigaré en el invierno;
Y tendrás en el verano,
Como brisa, mis suspiros,
Y como riego, mi llanto.

(Motril.—Remitido.) *Juan de Ariza.*

Siguen los puntos de suscricion.

Orense, Gomez Pazos.—Oviedo, Longoria.—Palma, Guasp.—Pamplona Erazun.—Reus, Angelon.—Ronda, Fernandez.—Salamanca, Blanco.—Santander, Riesgo.—Santiago, Rey Romero.—Segovia, Alejandro.—Sevilla, editor del Sevillano.—Valencia, Cabrerizo.—Valladolid, Pastor.—Victoria, Ormilugue.—Zaragoza, Yague.

© Biblioteca Nacional de España

sto se llama ir por lana y salir trasquilado: ¿quien diablo me ha metido á mí á Tarántula? Yo animal ponzoñoso, en un tiempo en que quizás soy el único que no tiene zaña para morder! y si hubiera de estarme quieto en mi agujero, atisbando al que me cayera por la banda, y no andar escurriéndome por todas partes en busca de aventuras y de alguna sangrecilla dulce con que regalar mi aguijon! Pero como ha de ser? Ya estamos en el palo, aguantar los doscientos..... y proseguia mi camino, bien resuelto á no sacar mi aguijon, como no fuera para habérmelas con alguna buena presa; pero ¡pobre de mí! que el diablo habia tirado de la manta, y héme descubierto y en medio de la calle oyéndome llamar por mi propio nombre, ¡el diantre es esta gente para adivinar lo que están viendo!

—Yo te conozco bicho!

—Tarántula á quien vas á picar?

Y yo renegando de todos, seguia mi camino, haciéndome el desentendido; pero nada! era preciso aguantarlos á todos.

—Si yo fuera V. me decia uno, habia de emplear mi aguijon en cosas que produjeran utilidad... Oh! yo me emplearia... supongamos en criticar esas pandillas de pillos que andan con la cazuela y la barajilla proclamando la desmoralizacion del pais; pediria un hospicio, llamaria la atencion de la autoridad.....

—Basta, basta contesté yo escurriéndome, todo no se hace en un dia, y bastantes pruebas está dando la autoridad de que se interesa por la poblacion; ya empezamos á tener buen alumbrado, se reparan las fachadas de las casas, se concluye el hermoso monumento del campillo; ya llegaremos á la perfeccion contribuyendo todos á tan loables proyectos.

—Yo, exclamaba un diletante en la ópera, de buena gana picaria á la *prima donna*.

—Buen bocado! contesté yo. Pero no es mejor estimularla?

—No, porque censurando da uno á entender que es gran inteligente.

—¿Porque no pica V. al galan de las abispas, me preguntaba un cómico en la comedia?

—Ay amigo, es carne dura y sangre pesada!

—Y al gracioso de las narices?

—Cree V. que mis picaduras le darán gracia, si Dios no se la dió? .....Y hubiera sido cosa de nunca acabar, si no tomo el portante y me largo á mi agujero al ver aparecer una bolera con unas piernas y una cara, vayan unas piernas para marquillas! y vaya una cara que de valde es cara!

Granada: Imprenta de Benavides.

© Biblioteca Nacional de España